

sadismo, y de gratuidad, se encierra en tal acción, y, asqueado, quiere rasgar las tinieblas que enturbian su vida. La novela nos narra, por consiguiente, el proceso evolutivo de una liberación, intuita como una desesperada fuga del odio radical que subyace en el humus nutritivo del comunismo. Una fuga que el Partido castiga inexorablemente con pena de muerte.

En esta novela nos encontramos, pues, examinando sólo el esqueleto de su argumento, con unos cuantos terroristas encargados de realizar un acto de sabotaje; con un terrorista que súbitamente, ante la magnitud catastrófica que supone ese sabotaje —la voladura de un tren de viajeros—, encuentra su camino de Damasco; y, como consecuencia de ello, la persecución implacable, encarnizada, del «traidor». Estos tres planos argumentales le sirven al autor para presentar, en el primero de ellos, la textura moral de los terroristas y de un elevado dirigente del Partido; en el segundo, la carga ideológica básica del relato, analizando, con detalle, el dogmatismo seco e intransigente del dirigente, y las progresivas dudas del protagonista. Este plano, de marcado contenido dialéctico, recorre longitudinalmente la novela, confiriéndole profundidad y rigor, a pesar del singular compromiso que en él campea, de filiación marcadamente antimarxista. En el tercer plano, al tema de la persecución se añade otro tema subsidiario que le otorga realce y acentúa su desarrollo dramático: el tema del hombre acosado, tan genuino y característico de la novela contemporánea.

*Siete días para morir* es, en resumen, una novela beligerante en la tremebunda contienda ideológica de nuestro tiempo, inclinada abiertamente, incluso con parcialidad, hacia postulados cristianos, y compromisos políticos de arraigada tendencia derechista. Roberto Velázquez Riera, a lo largo de sus páginas, defiende, anteponiendo el amor al odio, las consecuencias directas del humanismo católico, con todos los respetos que para la libertad de la persona humana conlleva tal humanismo. Una buena intención prendida a una discreta novela.

J. VILLA PASTUR

JULIO MANEGAT. *El pan y los peces*. Selecciones Lengua Española. Plaza y Janés, S. A. Barcelona, 1963.

El argumento de *El pan y los peces*, la última novela publicada por el escritor barcelonés Julio Manegat, no puede ser más sencillo. Se reduce a relatar las andanzas durante cuarenta y ocho horas de los

nueve hombres que componen la tripulación de una pequeña barca de pesca —una «mamparra»— del puerto de Barcelona, escalonándose la aventura en tres noches sucesivas. La primera de ellas la barca regresa sin pescar, debido al mal estado del tiempo; la segunda, por persistir las lluvias y el levante, renuncia a salir una vez hechos todos los preparativos. La tercera noche, llena de aparente sosiego, de esperanzadora calma, una repentina e imprevista galerna arrumba la vida de los nueve pescadores hacia las suaves y oscuras regiones de la paz definitiva, truncando sus preocupaciones terrenas.

Una novela es algo así como un cuerpo humano: tiene óseo armazón, y cobertura de maleable y plástica sustancia a él adherida. La justa proporción de estos dos elementos determina y define el concepto clásico de la novela. A veces, sin embargo, el armazón lo es todo; otras veces la sustancia «ideológica» predomina de tal manera que apenas nos permite ver la solidez estructural en que se apoya. Actualmente el escritor, vuelto voluntariamente de espaldas a la preceptiva tradicional, prefiere seguir cualquiera de estos dos caminos: contar de modo escueto y rápido una peripecia cargada de dramático meollo vital, o demorarse en el análisis existencial de unas vidas prendidas a cualquier mínimo incidente cotidiano, ofreciéndole al lector los resultados, apenas elaborados, de ese análisis. Julio Manegat se inclina a este último procedimiento, aunque sus análisis delatan a menudo excesivas dosis de subjetivismo.

*El pan y los peces* arranca de un hecho concreto: la vida íntima, personal, de los nueve hombres que ganan el sustento a bordo de una misma lancha de pesca. Lo que vamos a ver, a lo largo de la narración, es el vivir torturado y profundo de esos hombres, es decir: sus inquietudes individuales, sus problemas, sus esperanzas, sus recuerdos, y sus continuos derrumbes, todo ello sumido en un determinado menester laboral. Son hombres atenazados por una profesión ingrata, donde los avatares de la suerte resultan fundamentales. Hombres que un día propicio ganan un buen jornal, y que, no obstante, otros muchos regresan a sus casas portadores únicamente del cansancio por la faena inútil, del frío que acuchilla sus desnudas carnes, y del miedo que brinda a raudales el estremecido misterio del mar. Hombres con las cuentas siempre en deuda, y con el hambre siempre abundante. Y estos hombres recortan su realidad tangible en la Barcelona de 1962. Nos encontramos, por tanto, ante el propósito de testimoniar una situación social determinada, denunciando todo lo que esa situación tiene de inhumano y de cruel.

Tal es la novela de Julio Manegat, y tal es la intención que activa su desarrollo. Ahora bien: una cosa es escribir y publicar una novela, y otra, muy distinta, es el haber conseguido una buena novela. ¿Cuál de ambos casos es el de Julio Manegat?

*El pan y los peces*, nos interesa decirlo de una manera clara y terminante, es una novela discreta. Esto, para nosotros, desde luego, es bastante. La novelística española contemporánea, y, posiblemente, también la moderna, aparece llena de pésimas novelas, muchas de ellas ornadas con el engañoso reclamo de los premios literarios tan en boga, de unas cuantas novelas discretas, y de muy pocas novelas buenas. Julio Manegat ha elegido un tema de indudable interés. El mar lleva siempre, prendida a sus innumerables caminos, la estela de un misterio rumoroso y atrayente. Ha elegido, también, unos cuantos personajes de sugestiva biografía, y los ha colocado en un escenario que, por sórdido, hiere agudamente nuestra sensibilidad. Todo ello arropado, además, con ingredientes estilísticos de buena literatura. Desde el punto de vista idiomático, *El pan y los peces* resulta una novela bien escrita. Pero aquí precisamente se inician algunos de sus defectos. El estilismo —nos referimos únicamente al buen estilismo— trunca en muchas ocasiones, con sus inevitables morosidades, la andadura normal del relato, a pesar de las bellezas que de él se pueden desprender. Y *El pan y los peces* muestra en bastantes pasajes, con sus tendencias a la elevación lírica, indudables bellezas, pero... esas bellezas aparecen siempre en menoscabo de la línea argumental.

Otro defecto más grave que el señalado encontramos en la novela de Manegat. Y éste se alinea en la psicología de los personajes y, acaso también, aunque parezca paradójica, en la visión del mundo del escritor. Los personajes de *El pan y los peces* aparecen, a lo largo de todo el relato, modelados en bloque uniforme, sin claroscuro de ninguna clase, sin contrastes de entronque existencial de la dinámica de sus conductas profundas. Son «pobres, pero honrados», arrancados en bruto de la utópica bondad primigenia y elemental de la especie humana. Y esto, con la monotonía que encarna, les resta interés individual. La iniquidad, el egoísmo, y la hipocresía, no son privilegio exclusivo de los elevados estamentos sociales. Un pescador, o un albañil, pueden ser moralmente tan miserables como un acaudalado banquero, o un encofetado marqués. La estructura ética no es nunca un determinante específico de las clases sociales, y, además, aparece casi siempre inmersa en la beligerancia de complejos fenómenos de agónico matiz. Por no tener en cuenta tales premisas, los hombres que transitan las páginas de *El pan y los peces* se desdibujan, y pierden consistencia dramática, imprimiendo, con ello, cierto confusiónismo caracterológico al relato. De los nueve protagonistas que exhibe la novela, sólo Domingo Echeverri, con la carcoma del remordimiento mordiendo insistente su alma, tiene auténtica configuración psíquica, y recortada individualidad. En este personaje se define, y se concreta, el propósito católico —el problema de la gracia— que subyace a lo largo de toda la narración. Su conversación con el sacerdote tiene fuerza emotiva e indudables acentos de verdad.

Nos encontramos, en resumen, ante una novela interesante, escrita con soltura y garbo literario, que se lee con agrado, y que muestra las posibilidades futuras de un excelente escritor en visperas de ser ya un buen novelista.

J. VILLA PASTUR

MANUEL ARCE. *La tentación de vivir*. Novela. Colección «Ancora y Delfín». Ediciones Destino. Barcelona, 1961.

¿Por qué el hombre, cuando siente que todo a su alrededor se resquebraja, rehuyendo un significado positivo, insiste con toda su voluntad en seguir aferrado a un mundo que considera ajeno? Tras la grácil curva de estos signos interrogativos acecha, arropado a veces en el absurdo, uno de los más pavorosos problemas del hombre actual; del hombre engranado, como una pieza, en el monstruoso artilugio de las motivaciones sociales, al que se le niega hasta la posibilidad de extraviarse, convirtiéndole en una especie de extraño «robot» irresponsable de sus actos y desarraigado de toda transcendencia, por mucha falsa espiritualidad que se quiera inyectar en su vida. Hoy vivimos, queramos o no, en el reino de la mueca estereotipada, de la hipocresía militante y satisfecha, donde la verdad —la íntima y angustiada verdad del existir—, se ha convertido, o se ha disfrazado, que para el caso resulta lo mismo, en mezquina y personal conveniencia. Por eso en el fondo, cuando desechamos todas las cartas que la realidad va colocando sobre nuestro rostro, y nos recluimos en nuestras secretas galerías interiores, ya no sabemos lo que queremos. Hemos perdido la facultad volitiva, y somos como frustrados suicidas arrastrando por la vida, por el valle de lágrimas que es el vivir, la taciturna sombra de nuestro malogrado cadáver. Ese nihilismo, brutal y destructor, de la juventud actual, ¿no es, acaso, la esquila mortuoria —o el anuncio premonitorio— de un suicidio colectivo y simbólico?

Si de estas consideraciones, rastreadas en la más reciente literatura europea y americana, nos volvemos a un caso singular, es decir: al de un ser determinado —un hombre que puede llamarse perfectamente Angel—, para rehuir las generalizaciones, siempre vagas e inciertas, y ceñirnos así a un caso concreto, podemos, entonces tomar como ejemplo una novela publicada hace poco tiempo por un escritor asturiano con renombre ya en las letras españolas por sus anteriores novelas y por sus libros de poesías. Nos referimos a Manuel Arce, y